

## MONOTONÍA

El despertador suena como todas las mañanas a las seis y media. David, sin levantarse, alza la mano para apagarlo, confiando en que dentro de cinco minutos volverá a sonar. Esos son los cinco minutos más agradables de todo el día. El despertador vuelve a sonar. Con disgusto, sin querer levantarse pero no teniendo más remedio que hacerlo, el joven se incorpora, se pone las zapatillas y se dirige al baño evitando hacer ruido para no despertar a sus compañeros de piso.

David, desde que llegara a Madrid cinco años atrás, no siempre había compartido piso: durante los dos primeros años, financiado por sus padres, vivió en un pequeño apartamento a las afueras de Madrid. Más tarde, por motivos económicos fundamentalmente, tuvo que trasladarse a un piso compartido. Sus compañeros, jóvenes artistas muy prometedores, se acostaban bastante tarde y David intentaba no molestar su merecido descanso cuando, temprano, se aseaba en el cuarto de baño. Una ducha rápida, un frugal desayuno, y ya se encontraba en la calle, corriendo para coger el metro y no llegar tarde al trabajo.

David pica el billete de metro, baja las eternas escaleras entreteniéndose en observar las caras de dormido de las demás personas que le acompañan, se apoya en la pared de la estación a esperar. Tiene bien calculada la hora a la que tiene que bajar. El tren no tarda ni cinco minutos en aparecer. Las puertas se abren. Él se pone a la cola para entrar. Sube. Todavía no hay demasiada gente, una hora más tarde estará a rebosar, pero a esa hora todavía se puede ir en metro. Suena el típico pitido avisando que no se admiten más pasajeros. Las puertas se cierran. David se arrellana en uno de los duros asientos. Ya está acostumbrado. Tiene suerte, no tiene que hacer transbordos. Podrá dormir durante media hora hasta llegar a su destino. Se gira sentándose de lado como hace todos los días, apoya la cabeza sobre el ventanal, y dejándose arrullar por el continuo traqueteo del tren, permanece inmóvil con la mirada perdida. Si no fuera porque tiene los ojos abiertos cualquiera pensaría que estaba dormido. Pero sus pupilas contraídas, sus labios pálidos, apretados unos contra otros, delatan un estado de ánimo muy distante de un sueño placentero. El aire del vagón debe de estar muy cargado. Una lágrima parece brillar en los ojos de David, pero él no se inmuta. ¿Sonríe o así me lo parece? No sé, no distingo bien. La lágrima crece hasta desbordar el lagrimal del ojo, cayendo por la tensa mejilla. La expresión de David no cambia cuando el llanto mudo alcanza sus labios. El aire del vagón debe de estar muy cargado, aunque sólo David parece resentirse de ello.

Después de media hora el tren llega al destino esperado por David. Se apea. Sube las escaleras, sale a la calle. Son las siete y cuarto. Le quedan quince minutos para empezar a trabajar. Va bien de tiempo. Por la carretera no dejan de pasar coches. El ruido se le hace insoportable. Acelera el paso para llegar cuanto antes. El edificio al que va se muestra delante de él. Avanza y como todos los días las grandes puertas de cristal se abren dispuestas a engullirlo. Se detiene. Durante unos instantes tiembla, dudando si entrar, pero al final se deja tragar por la boca hambrienta del coloso. Saca una tarjeta, la pasa por una especie de monolito que le saluda en la pantalla de cristal abriéndole paso hacia el ascensor. Hay gente esperándolo. Reconoce a algunos. Les saluda, no dice nada más. No quiere hablar con ellos. Siempre dicen lo mismo, siempre hablan de lo mismo, siempre cuentan lo mismo. Le aburren. Sabe perfectamente lo que van a decir mucho antes de que abran la boca. Siempre igual, siempre lo mismo, la misma monotonía, la misma cadencia en la vida de todos y cada uno de ellos. A veces le resulta imposible distinguir quién es quién,

confundiendo incluso sus nombres. Pero ¿qué más da? A él, apenas si le miran, no se fijan en él. Él es uno de tantos bailarines que actúan en televisión. Uno entre muchos, un número más.

Por fin el ascensor se decide a bajar. Suben en él. Cada cual pulsa el piso al que va. Alguno es educado e incluso se atreve a preguntar:

- ¿A qué piso van?

David le sonríe mecánicamente respondiéndole:

- Al quinto.

El ascensor para en el primero: se baja una chica, una modelo seguramente. Se para en el segundo, y en el tercero, y en el cuarto. Por fin llega al quinto. David sale del ascensor. Lo primero que hace es fijarse en el reloj de pared situado en la entrada: las siete y veintisiete. No llega tarde o quizás sí. Corriendo va a cambiarse. A las ocho menos veinticinco entra en una de las muchas salas de baile del piso. Casi todos sus compañeros se encuentran allí. Una rezagada entra detrás de él.

- ¿Ya estamos todos? - pregunta la coreógrafa.

Parece ser que sí. Empiezan a ensayar. La primera hora preparan una coreografía nueva. La siguiente repasan la que tendrán que bailar por la noche. David, como todos los días, no se reconoce en el espejo. Enfrente suyo ve a un joven bien parecido, de complexión atlética, moviéndose grácilmente, con una sonrisa que le atraviesa la cara de lado a lado. Parece alguien que disfruta bailando, con una alegría innata capaz de contagiar a quien le vea. Y, sin embargo, esa alegría... ¡es tan falsa!

La coreógrafa les machaca bastante hasta las diez y media, luego les deja descansar. A las once tienen ensayo con las promesas. Así las llama irónicamente David: las promesas. Parece ser que a un productor se le había ocurrido hacer un programa de televisión en donde fuesen todos los chicos y chicas *prometedores* en el mundo del canto. El único requisito para poder ser seleccionado era tener una buena voz. El concurso, al ser todo un éxito en años anteriores, se repite este año. Y David pertenece al grupo de baile que sale acompañando a las promesas cada vez que estas tienen que actuar. Todos ellos son jóvenes, a todos ellos les brillan los ojos emocionados cuando muestran lo que valen delante de toda España, a todos ellos se les encoge el corazón cada vez que el jurado les dice que tienen que abandonar el concurso.

Llegaron las once. Les toca acompañar a una chica de unos veinte años de edad. A David le gusta cómo canta, pero se abstiene mucho de dirigirle la palabra. Él, se limita a bailar, a seguir los pasos definidos por la coreógrafa. En el baile la chica no es muy buena, le falta elasticidad y carece del suficiente fondo físico. La hermana de David bailaba mucho mejor, estaba en mucha mejor forma física, pero ya era vieja para presentarse a ese tipo de concursos. Se había casado cinco años atrás, abandonando el baile en favor de los hijos. David, mientras danza en torno a la futura promesa, recuerda el último día que vio bailar a su hermana. Fue en su casa, retiraron todos los muebles del salón, para llevar a cabo su *última representación*. Así lo llamó ella. Estaban los dos solos. Durante más de una hora sus pies volaron sobre el suelo mientras sus manos dibujaban las más hermosas y raras figuras en el aire. David recordaba haber vuelto a la niñez, viéndola, allí, disfrutando al máximo con cada movimiento. Su espíritu se arrojó observando el baile celestial de despedida, sintonizándose con la armonía de cada una de las partes del cuerpo de su hermana. ¡Qué bien bailaba!

- Canta conmigo - le pidió ella para terminar - Canta como cuando éramos pequeños. Canta para mí, por favor.

Y él cantó, como cantante que pretendía ser, como hacía mucho tiempo que no cantaba. No cantaba para que le dieran un papel, no cantaba para enseñar a nadie a cantar, sino cantaba para su hermana, porque se lo había pedido, simplemente, por eso. Ella bailaba; él cantaba. No había espectadores, no había público, nadie había pagado para verlos, pero ellos disfrutaban con su arte. Durante unos minutos recobraron la sencillez de los niños: no buscaban nada, salvo, quizás, disfrutar del momento. Unidos por la sangre se complacían en actuar el uno para el otro. Su hermana nunca pudo tener una despedida mejor que aquella. Ya nunca más volvería a bailar. Se retiraba. Él no intentó persuadirla, decirle que de verdad valía mucho. Lo entendía. Quizás también debería de hacer lo mismo.

A la una descansan una hora para comer. A la joven promesa se la ve agotada. Durante unos instantes David siente lástima. A punto está de acercarse para reconfortarla, intentando darle ánimos. Pero no quiere mentir, no quiere infundir falsas esperanzas.

Mientras come con sus compañeros, calla. Escucha su conversación. Hablan y hablan y hablan. Viven únicamente en el presente sin importarles pasado o futuro. ¿Qué harán dentro de unos años, cuando su físico comience a deteriorarse, y no sean tan jóvenes, tan atractivos? ¿Pensarán que no les sustituirán por otros bailarines de menor edad? Salvo alguna excepción, todos son de fuera de Madrid. Habían ido a la capital con la intención de convertirse en estrellas, ser famosos, ganar dinero a raudales, pero todos se habían quedado en el camino. Hay de todo: cantantes, bailarines, coreógrafos e incluso algún compositor que al ser incapaz de colocar sus obras se ganaba la vida bailando. Todos ellos son buenos, e incluso alguno excepcional. Pero ellos, como su hermana, no habían podido llegar a la cima. ¿Por qué? Nada, cuestión de números. Simplemente, son demasiados. Pero ¿cómo se ganarán la vida de aquí a unos años? Parece que sólo a David le preocupan esas cosas.

De dos a cinco continúan ensayando. Tendrán que actuar por la noche, en directo, delante de toda España. No pueden cometer ningún fallo. Son profesionales y no se lo perdonarían.

Las puertas del edificio escupieron a David a las cinco y cuarto. Como todos los días a la misma hora, coge el autobús, apeándose quince minutos más tarde. Llama a un portal.

- ¿Sí? ¿Quién es? - pregunta una voz por el interfono.

- Soy David.

Le abren. Entra y sube por las escaleras. Es un segundo y no merece la pena esperar al ascensor. Un chico de unos dieciséis años le está esperando con la puerta entreabierta. Al verlo abre del todo y se hace a un lado para dejarlo pasar. Cierra la puerta. David, sin dudar, se dirige a una amplia habitación. Allí hay un piano y dos asientos. El joven le sigue. Cierra la puerta detrás de él. Como todos los días a la misma hora, comienza la clase de canto.

La clase dura hora y media. La madre, cuando ve a David recoger para marcharse, se acerca y le pregunta:

- ¿Qué tal lo hace? Canta bien, ¿verdad? - David nota cierto nerviosismo en la voz de la mujer.

- Sí, tiene muy buena voz - responde sinceramente, absteniéndose de decir "¡cómo tantos otros!".

¿Para qué defraudar a la mujer? Ella sólo le ha preguntado si tiene buena voz, nada más.

- ¿Crees que... que llegará a triunfar? - balbucea la madre del prometedor ruiseñor.

- No lo sé - y a fin de cuentas no mentía.

¿Por qué triunfan unos y otros no? David no lo sabía y a esas alturas ya no le importaba. Hace años el hijo de la mujer tenía muchas más posibilidades de triunfar. No estaba tan bien visto dedicarse al mundo del espectáculo y lo que menos querían los padres eran tener a un hijo suyo dedicado a la farándula. Pero ahora... todo había cambiado. Parecía que más de media España, si no toda, quería ser cantante, pero no cantante a secas, sino cantante famoso. Había demasiados cantantes, muchos de ellos muy buenos, para que el hijo de la mujer llamase la atención. ¿Quién se fijaría en él entre tanta gente? Demasiada oferta para tan poca demanda. ¿Pero para qué decírselo a la mujer? Que su hijo lo intentase, quizás tuviese suerte y encontrase el secreto de triunfar.

A las ocho David está preparado, junto con todos sus compañeros, en los estudios de televisión. Aunque todavía queda una hora para que empiece el programa, tienen que estar todos con suficiente tiempo para prepararlo todo y que no se olvide nada.

A las nueve aparece el presentador dando la bienvenida a todo el público y deseándoles que pasen una agradable velada en su compañía. El concurso dura unas cuatro horas, con intermedios incluidos. Llevan a cabo todas las coreografías preparadas. La joven promesa con la que habían estado actuando por la mañana se encontraba muy nerviosa. Demasiado. Se equivoca en un par de pasos. Ellos lo ocultan lo mejor que pueden. Seguramente que nadie nota nada.

Se lleva a cabo la votación. Echan a dos participantes. Entre bastidores a David casi se le rompe el corazón viendo las lágrimas de tristeza brotar de los ojos de los chicos. Pero no se acerca para intentar consolarles, ya que hay demasiada gente en torno suyo. La misma gente que les había dicho que podían llegar lejos, ahora les dice que no se preocupen, que la vida no consiste solo en ser artista, y que en otra ocasión tendrán más suerte.

A las dos de la mañana David sale de los estudios con sus compañeros. Monta en el autobús que la empresa habilita para transportarles hasta la ciudad. Se arrellana en su asiento, apoyando la cabeza contra la ventana. Va viendo cómo pasan las luces de la calzada cada vez más rápidamente, según el autobús acelera. Una luz, otra luz, otra, y otra... Su mente, hipnotizada por la imagen, vuela muy lejos. Recuerda cuando llegó a Madrid, todo ilusionado. En su pueblo decían que tenía una buena voz, que si iba a la capital se comería el mundo. Todos le adulaban, le halagaban los oídos constantemente. Triunfaría, sería famoso. Habían pasado cinco años, cinco interminables años. Fue muy duro reconocer que como él había cientos, no, miles. Gente ilusionada, como las jóvenes promesas del programa de televisión, llenas de alegría, con ganas de conquistar el mundo. Pero había tantos... Eran tantos los que dedicaban años a preparar la voz, a aprender a bailar. Se dejaban la vida en ello, había padres que se sacrificaban por pagar las clases de canto y de baile a sus hijos, y todo ¿para qué? Porque eran demasiados para triunfar todos, de hecho, la mayoría quedaría fuera del juego, como él, acabarían siendo bailarines de segunda o cantantes del coro de un cantante más famoso. Y eso, si tenían suerte, porque sino... ¿de qué vive un cantante que no es famoso? ¿De la amargura por no haber triunfado?

Una lágrima amarga cae del ojo de David, baja por su mejilla y se deposita entre sus labios.

El despertador suena como todas las mañanas a las seis y media. David, sin levantarse, alza la mano para apagarlo, confiando en que dentro de cinco minutos volverá a sonar.

Autor: AMLP